

Etiquetas

CARLOS CABANILLAS

Profesor



A mediados de los ochenta me eché una novia de Almendralejo. Era tan guapa queme resultaba muy difícil estar mucho tiempo sin verla, así que empecé a venir a menudo por esta ciudad. No conocía apenas nada de ella antes de esto: algún paso por la carretera dirección Sevilla y la sorpresa de los meloneros con sus tendere-tes callejeros; poco más.

Supe entonces que Almendralejo era conocida como “Ciudad de la Cordialidad”. Me pareció un titilillo más que merecido; aquí me acogieron con un cariño y una simpatía singulares: consiguieron que me sintiese en casa, rodeado siempre de amigos.

Vi además que ese era el trato que los almendralejenses dispensaban a cualquiera que viniera de fuera; y quizá por eso hoy me produce mayor tristeza ver que ha dejado de ser cordial la acogida a quienes vienen de más lejos y con menos recursos, y que incluso somos agresivos con quienes tratan de echarles una mano, como ha ocurrido recientemente con la Fundación Ruy López.

Pero ese no es el tema de este artículo. Pretendía hablarles simplemente del afán de etiquetar- lo todo que tenemos las personas. Almendralejo era entonces, como he dicho, la ‘Ciudad de la Cordialidad’; hoy ya tiene varias etiquetas más: ‘Ciudad del Cava’, también más que merecido; ‘Ciudad Amiga de la Infancia’, título algo más dudoso a mi entender;



Pintadas en la fachada de la Fundación Ruy López. **HOY**

‘Municipio taurino’, jardín en el que no me voy a meter; y no sé si alguno más que se me escapa.

El caso es amontonar etiquetas. Etiquetamos todo para tratar de entenderlo, para tratar de justificarlo: lo que no tiene etiqueta nos resulta incógnito, no nos cuadra, nos rompe los esquemas. Los antiguos recurrie-

ron para esto a los mitos; nosotros, a las etiquetas.

Los profesores de lengua saben mucho de esta cosa de las etiquetas. Con una fruición rayana en el sadismo diseccionan frases alambicadas soltando etiquetas aquí y allá: ¡suplemento!, ¡disjunto!, ¡complemento de régimen!, ¡predicativo! Y los chi-

cos encajan como pueden las etiquetas a machamartillo, asesinando discursos entre salvajes corchetes. Los profes de latín también lo hacíamos, pero ya menos.

Esta ansia nuestra por las etiquetas encontró la horma de su zapato en las redes sociales. Nos dieron la almohadilla y, hala, a poner etiquetas a tutiplén (allí los llaman hashtag, por la misma razón que decimos influen-cer en lugar de cantamañanas, o deepfake en lugar de cancamusa, por ese esnobismo cate-to que nos hace romantizar un jodido almuerzo llamándole brunch, o idealizar una puñetera terraza poniéndole el nombre de rooftop). Nos pusimos a etiquetarlo todo de modo que lo que nació como una idea para organizar y catalogar información -la web semántica, decían de forma rimbombante- se convirtió en un batiburrillo de almohadillas.

Y puestos a etiquetar no íbamos a dejar atrás al prójimo. Sin encomendarnos a dios ni al diablo, gratuita e impunemente, le colocamos a cada cual su etiqueta como quien pega un monigote en la espalda en los santos inocentes o clava un sambenito en la puerta del vecino. Vamos por la calle y en lugar de cruzarnos con gente nos cruzamos con hashtag: #rancio, #jediondo, #facha, #rojo, #torpe, #cotilla, #cargante...

Y pensamos que así, enjauladas tras la almohadilla, tenemos ya dominadas a las personas, que las volvemos tan inofensivas y exangües como las tristes bestias del antiguo zoo del pueblo: la definición nos arranca la vida.

Tal vez deberíamos abrir más los ojos, asomarnos y ver qué hay tras las etiquetas.

Tal vez deberíamos disfrutar del hermoso caos que queda fuera del rígido marbete.

‘Burla’

LOLI GALEANO

Escritora



Con el análisis que expongo en esta columna, lo más probable es que las críticas me lluevan. Sin embargo, estoy convencida de que a veces una tiene que mojarse para defender lo que es justo. Escribo estas líneas para quienes todavía se preguntan: «¿Qué más quieren las mujeres?».

La respuesta es sencilla, pero rotunda: ¡Respeto! Queremos reivindicar el respeto dentro de una igualdad de derechos reales, una paridad con el hombre de la que, lamentablemente, aún no gozamos con plenitud. Es innegable que hemos avanzado, pero lo hemos hecho a base de trabajo, sudor y sangre de las mujeres que nos antecieron; mujeres de las que la sociedad se mofaba cuando se atrevían a exigir lo que por derecho propio les correspondía.

Esta reflexión nace tras observar por televisión un partido de fútbol femenino. Al ver las gradas, noté que el ambiente, la pasión y la entrega en el estadio eran idénticos a los de cualquier encuentro masculino. Sin embargo, a estas deportistas no les ha sido fácil alcanzar esta equidad. No hace falta remontarse «años luz», basta con mirar apenas unos años atrás: estadios semivacíos, marcas publicitarias que no apostaban por ellas y burlas machistas que las mandaban «a fregar».

Hoy, afortunadamente, la sociedad ha comenzado a reflexionar. Estas mujeres son respetadas, se codean con la élite y premiadas con Balones de Oro, contratos publicitarios e inclusión en las apuestas de las quinielas (1X2) para la próxima temporada. No obstante, el camino no ha terminado: la brecha en las fichas salariales y las condiciones profesionales nos recuerdan que la meta aún está lejos. A las pruebas me remito: la actitud reciente de directivos de élite cuestionado la profesionalidad de una periodista deportiva por el hecho de ser mujer, demuestra que el machismo sigue latente en las cúpulas.

Todo esto me lleva a una conclusión clara: no podemos bajar la guardia. La lucha por la igualdad es una carrera de fondo. Debemos recordar que lo que hoy a algunos les parece «ridículo», mañana será lo normal. Y esa normalidad solo se construye con un cimiento innegociable: ¡Respeto!

FERNANDO SIERRA

Periodista

La leyenda de la Virgen de la Piedad



Cuenta la leyenda que, a media legua y algunas varas de la ciudad —medidas antiguas—, un agricultor labraba sus tierras en pleno agosto. El calor sofocante doblaba sus fuerzas, pero el trabajo no daba tregua. Al llegar al paraje donde hoy se alza la ermita de la Piedad, el azadón se hundió en la tierra y golpeó con violencia un objeto de piedra. Entonces oyó una voz divina que repetía: «¡Piedad, piedad!». Sobre-cogido, el hombre hincó las rodillas, apartó matojos y desenterró con premura aquello que había

hallado. Su sorpresa fue grande: era una antigua imagen de la Virgen, tallada en piedra.

Al terminar la jornada llevó el hallazgo a casa y se lo contó a su esposa, María. Ella creyó que su marido, Anselmo, confundía lo sucedido por efecto del sol de agosto. Dejaron la imagen en la alacena; cenaron y se acostaron.

A la mañana siguiente, ambos vieron con asombro que la imagen había desaparecido. Más que imaginar un robo —difícil en su humilde morada— lo tomaron por milagro. Se arrodillaron y rezaron, buscando explicación.

Como cualquier otro día, Anselmo volvió a trabajar al mismo lugar. Y allí, como por arte de magia, encontró la imagen semienterrada exactamente donde la había desenterrado la víspera. La tomó entre sus brazos y corrió al pueblo. Esta vez, él y María decidieron llevarla al párroco y narrarle el extraño suceso.

El sacerdote escuchó con una sonrisa leve que delataba incredulidad. Después, ya más serio, los calmó y les dijo que depositaría la imagen en un lugar privilegiado de la sacristía.

Pero al día siguiente fue el propio párroco quien no dio crédito a sus ojos: la imagen había desaparecido otra vez. Convenido de que la historia era cierta, acudió a casa de Anselmo y María y preguntó con exactitud dónde había sido encontrada.

Anselmo y el sacerdote caminaron media legua y algunas varas hasta el paraje señalado. Allí

estaba, una vez más, la Virgen de la Piedad, semienterrada en el mismo punto de la primera aparición. Entendiéndolo como mensaje divino, el párroco decidió que debía construirse una ermita en ese lugar, bajo el nombre de la Piedad. Para ello organizó una colecta popular.

El primer real lo aportó el propio Anselmo; después llegaron muchos más, hasta reunir lo necesario para levantar el templo. Con el tiempo, la devoción se consolidó: la Virgen de la Piedad fue proclamada Patrona de Almendralejo en 1657; en 1696 se adquirieron terrenos anexos a la ermita; en 1987 fue nombrada Alcaldesa Perpetua, y el 29 de mayo de 2008 se celebró su Coronación Canónica.

La imagen original, por su valor, se conserva en el interior de la ermita; para el culto diario se realizó otra de mayor tamaño y menor importancia.